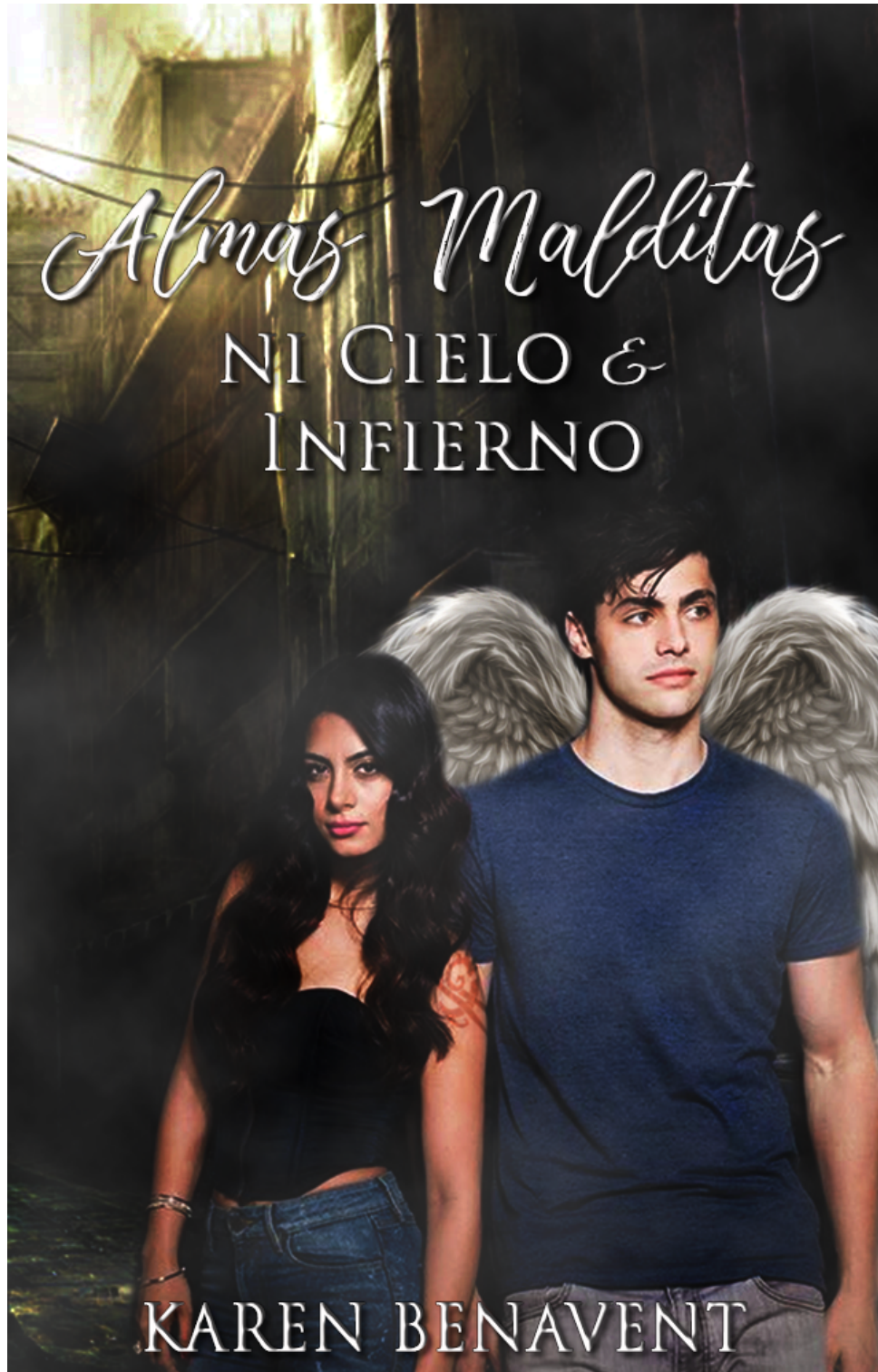


# Almas Malditas: Ni Cielo e Infierno

Karen Elizabeth Benavent



# Capítulo 1

Jenner es un maldito: una anomalía entre ángel y demonio.  
Kate, un enigma en el cuerpo de una chica para nada inofensiva.

La naturaleza de él lo llevó a cometer errores que casi le cuestan la existencia.  
Mientras a ella su máscara de hierro la está consumiendo.

Ambos tienen demonios que quieren salir de sus adentros,  
pero también una motivación para no perder las esperanzas.

Jenner tiene que cumplir su condena  
y Kate no le hará fácil el trabajo.

Pelean por su libertad y así dejar de ser Almas Malditas.

## Capítulo 2

*—Atención a todos, los cetros de los siete arcángeles se han extraviado. Se les ordena quedarse en sus lugares, los guardianes irán a inspeccionarlos.*

Así como se escuchaba, habían hurtado los bastones que pertenecían a los arcángeles. Los guardianes se buscaban en cada lugar hasta que se percataron de algo poco común, alguien no había obedecido a lo mandado y llevaba un costal sospechoso.

Ese era el ladrón, ese era yo.

—¡Quieto! —vociferó el guardián detrás de mí, una gota de sudor recorrió mi rostro de la frente a la barbilla— ¿Es tu compañero? —observó a aquella ángel de cabello rojizo que había escogido para inculpar.

Un «no» seco fue expresado por esos pequeños labios acompañados de una mirada cabreada.

No sabía qué hacer, estaba entre la espada y la pared, tiré el bolso y me lancé en picada al mundo de los mortales. Pero mi evasión no había durado mucho, fui tan bruto que no estaba al corriente que el vigilante no estaba solo. En el momento menos esperado me sentí inmóvil, mis alas dejaron de revolotear dejándome caer al vacío. Se me hizo inevitable no cerrar los ojos, yo y sólo yo era responsable de mi destino, de mi final.

*«Eres un tarado, Jenner».*

## Capítulo 3

Escuché a uno de los guardias llamándome, mi cabeza parecía ser atravesada con espadas por completo y me sentía como si una multitud me hubiera arrollado. De a poco abría los ojos y trataba de levantarme.

Una vez con los ojos abiertos llegué a notar que estaba en un cuarto totalmente blanco -como si estuviera en la nada misma- y que uno de los custodios era el mismo que me había encontrado en la parte de aquella ángel, el mismo que me había pedido el bolso y que ahora me haría mi existencia el infierno.

—Despertaste, *bello durmiente* —voceó en burla—. Apresúrate, debemos irnos.

Deduje el apuro y expresé con notorio desdén: —¿Vamos a la tan famosa Corte de los Ángeles?

Él asintió sin decir palabra alguna, hizo un gesto señalando que debíamos irnos. Obedecí, ¿tenía opción? Lo dudo.

Alzándonos al aire emprendiendo vuelo al lugar del juicio; mientras nos acercábamos podía ver algo similar a un templo, afín al de los arcaicos griegos pero éste permanecía impecable -seguro hechos de mármol blanco y nacarado- sin grietas o marcas que expusieran su antigüedad.

Al llegar pude ver varios ángeles, entre más no aproximábamos reconocí a siete de ellos; eran los príncipes del Reino: los siete arcángeles. De pronto notaron nuestra presencia o mejor dicho la mía. Podía decir que ninguno de ellos superaba los cuarenta -si se tenían que encargar del Reino no podían ser ancianos- pero tampoco eran niños.

Mi custodio me llevó a ellos e hizo una reverencia ante los príncipes.

—Gracias, Finnian —expresó uno de ellos, juraría que era Miguel—. Puedes retirarte —ordenó y el guardia acató el mandato—, así que —indagaba observándome de pies a cabeza—... ¿tú eres *Jenner*?

Afirmé con la cabeza, estaba un tanto nervioso pero eso no me impedía que lanzara una sonrisa ganadora. Al final sería yo quién reiría por último.

—Seguro ya nos conoces muy bien. Por algo hurtaste nuestros cetros —voceó echándome una mirada de menosprecio—, ellos son: Gabriel, Rafael, Uriel, Jofiel, Chamuel, Zadkiel y yo soy Miguel —con su dedo índice

señaló a cada uno de ellos hasta llegar a sí mismo.

—Supongo que estás al corriente de que lo que hiciste tendrá un castigo, ¿No? —profirió Gabriel acercándose con lentitud hasta quedar a un metro de mí.

Corroboré mirándolo a los ojos; los otros se iban acercando a mí dejándome en el medio. El resto de los ángeles allí presentes tomaban nota de todo lo que se decía.

—Pero queremos saber algo más ¿Eres el único imputado o tienes algún cómplice? —interrogó Rafael cruzando sus brazos observando mi expresión.

—No —un eco acompañó unánime a lo que había dicho en un hilo de voz. Buscaba medir mis palabras—, todo fue mi idea, trabajé solo en esto.

Me miraron titubeantes. Fue el arcángel Gabriel quién dio un paso al frente y rompió con aquel fastidioso silencio: —Es valiente y honesto de tu parte admitir tu error —pausó y vio a Miguel quién me miraba por encima del hombro— Vamos a hablarlo. Hermanos, acompañenme.

Se alejaron de mí por unos minutos, murmuraban bastante y ni yo ni los demás ángeles sabían qué decían. Desconocía si era para ver cuál era mi condena o pensar si lo que les había dicho era convincente. Cualquiera de las opciones tendría el mismo final.

En un momento hicieron una seña para que me acercara a ellos, podía ser bueno como también malo lo que me dirían; por si acaso estaba preparado psicológicamente para alguna de ellas.

Fue Miguel quién habló:

—Hemos llegado al hecho de que quieras enmendar tus acciones es un gesto de humanidad por lo cual tu castigo no será el exilio del cielo al infierno pero eso no quiere decir que no tendrás otro castigo menos severo pero tienes que elegir —me miró sin expresión alguna—: entre ser un ángel o un demonio. Es «tu» decisión.

¿Debía elegir entre esas dos? ¿Alguien como yo? Nunca. Y menos cuando debía pagar un castigo. Aceptaba la condena pero no dejar de lado quién era. Sólo me quedaba poner una excusa para no elegir pero con ellos, mudos e impacientes, esperando mi respuesta; relajé mi mente y hablé.

—Señores... Soy rebelde, odio seguir órdenes y como verán: suelo meterme en problemas —Ellos se turbaron ante lo que confesé y todavía más por el tono desvergonzado de mi expresión pero no había

terminado—... y me parece atractiva la maldad...

—¿Acaso esto es parte de tu diversión? ¡Insolente! —clamó, en un arranque de coraje, uno de los arcángeles. Sin darme cuenta hizo aparecer en sus manos un par de sais y se abalanzó sobre mí.

No alcanzó su cometido, antes de ello, los otros seis habían logrado sujetarlo y además, serenar su mente: —Zadkiel —llamó con voz firme y demandante, Miguel. Éste lo miró con atención y sobretodo, respeto.

A Zadki no le quedó de otra, las armas que llevaba se esfumaron y volvió a dónde estaba, no sin antes echarme una mirada que si fueran letales, no quedarían rastro alguno de mí.

Ahora sí no me quedaban dudas, Miguel era el mandamás de los siete: —Continúa lo que tienes para decir... o no nos hagas perder más tiempo.

—Bueno... Sí, me atrae ser siniestro pero es más en apariencia —posé mi mirada en el, anteriormente, iracundo arcángel. No quería un malentendido más—. En estos momentos lo último que quisiera sería herir a inocentes. Soy un **maldito**, esa es mi naturaleza inconforme.

El segundo al mando, Gabriel, sonrió satisfecho mientras que los demás permanecían con el semblante seco.

—Analizando tu situación te propongo algo que formará parte de la sanción —hizo una pausa Miguel mientras yo asentía para escucharlo—, que bajes a la tierra para hacerte cargo de un mortal que elegiremos para que ayudes a crecer como persona, eso implica ser su amigo y compañero.

Rechacé la propuesta y Gabriel me interrumpió: —No tienes otra opción, es sí o sí.

Quería vivir en el mundo de los vivos pero esto no era un deseo cumplido. Era una condena y con esta palabra no podían venir cosas buenas para mí.

—Mañana Gabriel te traerá información del humano que protegerás y orientarás. Él es quién tiene más acceso a los mortales —expresó Miguel mirando a su hermano de reojo—, confiamos en que cumplirás con el castigo —profirió y desaparecieron de la corte.

El guardia Finnian se dirigió a mí para nuevamente guiarme a aquella habitación blanca, esa jaula en la que estaría hasta mañana: el día que me asignarían a un mortal.

*iUff! Qué emoción.*

## Capítulo 4

*El bien y el mal viven dentro tuyo, alimenta más al bien para que sea el vencedor cada vez que tengan que enfrentarse. Lo que llamamos problemas son lecciones, por eso nada de lo que nos sucede es en vano.*

*Facundo Cabral*

No recuerdo mucho mi pasado, no recuerdo dónde crecí ni el lugar donde morí. La memoria de mi infancia es nula como los recuerdos de mi adolescencia son borrosos... No sé como era mi madre menos el rostro de mi padre, si es que los tuve.

¿Amigos? No que yo sepa, para haber muerto con menos de tres décadas en el mundo mortal es más creíble que tuviese enemigos antes que éstos. No recuerdo nada, y no soy el único pues nadie aquí sabe algo de su pasado.

*Jenner... Hola... ¡Jenner!*

Sentí un leve empujón lo que me llevó a darme cuenta de que no me percaté que alguien más llegó a mi vacío. Miré de un lado a otro hasta centrar mi mirada en una ángel de cabello castaño rojizo, se miraba molesta con el ceño fruncido y sus brazos cruzados.

Se me hacía conocida... Y lo era.

—¡Al fin que haces caso!—pronunció con un tono áspero. Era ella, pero ¿qué hacía aquí?—Primero intentas arrojarme la culpa de algo tan grave... Y... Ahora ni siquiera... ¡AH!, olvídale—apartando su mirada, tomó aire y buscó calmarse. Luego de unos segundos alivió su temperamento pero la tensión seguía.

Volvió su vista a mí, aunque distante pronunció: —Vamos. El arcángel Gabriel te está esperando.

Se dirigió hacia delante y abrió aquel cuarto blanco.

—¿Te mandó? ¿Por qué no vino a buscarme él mismo? —no moví un pie en su dirección.

Ella seguía de espaldas: —Porque no eres alguien por quién se merezca



perder tiempo de más. ¿Contento?

Asentí, a medias, con la cabeza y la seguí. Me percaté que era de baja estatura, o quizás yo era muy alto. Una cosa estaba seguro, era una chiquilla con un carácter bastante especial.

No pasó mucho tiempo hasta que llegáramos al lugar donde se suponía que se encontraba el arcángel; pero estábamos solos y un silencio incómodo nos rodeaba.

—Y... ¿Cómo te llamas? -fue lo primero que se me vino a la mente para terminar con ese agobiante sigilo. Sin embargo, ella ni se inmutaba— Digo, como sabes mi nombre, tengo curiosidad de como llamar a esa cautivadora carita que tienes.

Y nada. ¿Tan ofendida estaba?

Justo en ese momento en el que iba a volver a decir algo, apareció un humo blanco y de éste se presentó ante nosotros: Gabriel, el arcángel. Apenas de verlo, ella se sonrió y con gusto le hizo una reverencia.

—Maestro... ¿Cómo ha estado? —expresó con curiosidad mientras aún tenía una sonrisa dibujada en su rostro.

*Qué adúladora.*

—Muy bien. Gracias por el interés —le devolvió la sonrisa y volteó a mi. Su expresión se tornó severa—... Jenner, veo que todavía no le has pedido disculpas a Holly.

Lo miré confuso pero de modo instantáneo me percaté de que se refería a la chica. Ella era Holly y yo el tipo que quiso arruinarle la pos-vida.

Me sentí un poco mal e intenté de disculparme pero por alguna razón no lo hice. Me quedé cabizbajo sintiendo la energía de las miradas fusilantes de ambos.

—No importa, maestro —expresó con un tono quebrado por la desilusión—. Si lo sintiera de verdad, ya lo hubier...

No di tiempo a que dejara de hablar.

—Lo siento, Holly —interrumpí de manera impulsiva, la vi firme a los ojos para que supiera que era cierto lo que decía y sentía—... Sé que actué mal, no merecías que te atribuyera la culpa.

Ella arrugó la frente ante lo que me había oído decir. A parte de eso no

mostró reacción alguna.

Iba a tomarle de la mano pero se alejó de inmediato para luego darme la espalda. No le había convencido del todo aquella disculpa y no es que yo sonara del todo arrepentido que digamos.

Tenía que tenerla de mi lado, era muy cercana a Gabriel y eso me ayudaría a salir de esta situación lo más antes posible. Aunque eso significara pisotear para luego tragarme mi gran orgullo.

—No planeé esto, menos quién sería el damnificado pero —tomé aliento y continué— no justifica que haya hecho lo que hice. Perdón.

Seguía de espaldas a mí, pude oírla soltar un suspiro de resignación. Estaba cediendo.

Tomé una de sus y la giré haciendo que me mirara a los ojos. Le dediqué una media sonrisa y la mejor de mis miradas.

Ella no dijo nada, sólo se me quedó mirando unos segundos cuando en un arrebato me rodeó con sus brazos. Era un «sí» a mis disculpas, lo había logrado.

A pesar de estar más que orgulloso de mi tenacidad, de que había ganado algo de la confianza de esta ángel que sería mi asegurada libertad, algo me estaba ocurriendo. El abrazo se sentía bien; era cálido y reconfortante.

Mi cuerpo respondía por sí solo al rodearla a ella también mientras depositaba un pequeño beso en su cobriza cabellera.

*¿Quién soy?!*

No recordaba la última vez que alguien me había abrazado de esta manera. Era demasiado bueno, sólo me dejé llevar por unos instantes. Lo estaba disfrutando.

Noté como el arcángel Gabriel esbozaba una sonrisa de gusto por un momento, Holly se separó y ahora su sonrisa la dirigía a mí.

—Quizá no seas una pérdida de tiempo —dijo dándome un suave golpe en el brazo.

Reí por lo bajo ante su forma de expresarse. Era un dolor de cabeza pero tenía su lado tierno, el que me dejaba raro.

Era una extraña sensación la que me envolvía pero sin dudas se sentía agradable pero era raro al final. El arcángel caminó en mi dirección hasta

quedar a mi lado.

Colocó una mano en mi hombro y exhalando pronunció: —Y es tan sólo el comienzo. Ahora vamos que hay un mortal que debes conocer.

*"Como digas".*

## Capítulo 5

—¿Y, bien? ¿Bajamos al mundo mortal para conocer a mi humano?  
—expresé preparado para que todo ésto terminara lo antes posible.

El arcángel rió sin pudor. Lo miré confundido, ¿en serio dejaba que se burlara de mí?

—Admiro tu fervor, Jenn, pero no estás preparado para bajar aún —iba a argumentar algo pero no me dejó—. Vengan, no podemos hablar aquí.

Holly y yo lo seguimos algo desconcertados. Entramos a un tipo de pasadizo secreto, una vez adentro vi toda clase de tecnología, no es que creía que los arcángeles eran anticuados pero jamás imaginé que estuvieran tan avanzados, o al menos él.

Era un lugar enorme sin duda, había grandes pantallas y otros tipos de artefactos que jamás había visto, todos en matices plateados que resaltaban perfectamente con los muros en el blanco más puro que había visto y los toques en azul que había.

Tanto la ángel como yo, nos encontrábamos admirando el cuartel.

Cada aparato tenía unas siglas grabadas en ellos: "G" resaltados en azul turquí mientras tenían bordes blancos; todo se hallaba tan impecable y lujoso. Era por eso que Miguel había encargado a Gabriel para mi misión, porque era de los siete quién más al tanto estaba de los humanos.

Miré a él quien sonreía astuto.

—¿Desde cuándo poseen esta tecnología? —observé con detalle cada artefacto. Estaba hipnotizado— Es increíble.

Soltó una pequeña risa al ver mi expresión.

—Soy quien protege el hogar de cada mortal y parte de mi deber es bajar a la tierra simulando ser uno de ellos.

Observé cada rincón del lugar. Todo era tan sencillo y a la vez avanzado, aunque no me sorprendía pues todo parecía gritar el nombre del arcángel.

—De allí comencé a comprar toda clase de máquinas e investigar cómo crear más de esos aparatos para el Reino —articuló revisando entre unos papeleos—. Cada uno de nosotros tiene su espacio para realizar tareas y

no se mete en la del otro.

—Salvo... —de pronto sonrió viendo un informe que tenía en sus manos, lo hojeaba con esmero y paciencia.

Tomó un pequeño objeto que al mirarlo bien noté que era una especie de control, presionó uno de los botones y se abrieron unas puertas que dieron paso a una pantalla.

Instaló un pequeño accesorio y encendió el gran televisor; no decía nada solo con el control seleccionaba los archivos que se veían.

—Holly, ayúdame, por favor—fue hacia él sin dudar. Él le pasó varias carpetas, hizo un gesto indicando que me los pasara.

En cuanto me alcanzó los papeles quedé extrañado, la carpeta de arriba tenía una etiqueta que decía «Katherine Barnes». Menos mal que había dicho humano.

—¿Algo mal, Jenner?—el desgraciado me observaba con una sonrisa, la ángel sólo se abstenía a seguir sus órdenes— ¿Problemas con tu mortal?

—Es una humana —solté de repente, mi voz era seca por el enojo. Holly y el arcángel quedaron mirándome buscando cuál era el problema—. Dijiste que me encargaría de un hombre mortal. No pienso perder mi tiempo con una mujer mortal —volteé a ver a la ángel de cabellos cobrizos, retomé mi mirada a Gabriel— para eso tienes a Holly, que se encargue ella.

Él dejó todo lo que estaba haciendo y se acercó a mí, dio un suspiro en seco: —Jamás especificué el género —expresó con un tono tan profundo que no parecía que era él hablando—. Otra cosa, tú eres quién metió la pata así que antes de exigir, cállate y límitate a acatar órdenes.

Reí irónico: —Por favor, no seré el niñer...

Gabriel cortó mis palabras.

—Malas noticias... ¡Vas a hacerlo! —dictaminó sin más, siguiendo con tono de voz que usó anteriormente. Busqué replicar pero no lo logré— ¡Oh! ¿Acaso oí algo como un reproche? Porque si es así, no va a cambiar nada.

*Imbécil.*

Le di la espalda y caminé hacia la salida, entonces él me llamó: —¿En serio? ¿Por un detalle tan insignificante vas a abandonar todo? Sabes, es gracias a Holly y a mí que se tienes la oportunidad de redimirte.

Me causó gracia, tanto que no contuve mi risa cuando me di la vuelta. La ángel estaba furiosa, notaba como me fusilaba con los ojos. Se veía linda estando molesta.

—¿Gracias a ustedes? —los señalé burlándome; logré calmarme— Fui yo quién aceptó...

Iba a dejar la sala pero el arcángel me llamó.

—Mi hermano, Miguel, no estaba convencido de que este plan —lo miré confundido, en todo caso elegían otra cosa para que hiciera—. No iba a desterrarte...

Holly interrumpió: —¡Mandó a Finnian para matarte! —quedé un poco sorprendido con lo que me habían dicho pero a la vez me mantuve mudo.

Ella inhaló aire, se tranquilizó y se acercó a mí. Por un momento creí que iba a golpearme.

—Ok. Iban a desaparecerte, te salvamos y ¿no eres capaz de agradecer? Tú, querido, lo repito: *no eres alguien por quién se merezca perder tiempo de más.*

Sin decir otra palabra, Holly se desvaneció de la vista de ambos. Miré a mi lado, Gabriel quedó observando el vacío que la cobriza había dejado, giró su vista topándose conmigo.

De inmediato su expresión perdida pasó a un ceño fruncido:

—Escúchame, he sido tolerante contigo porque en parte te comprendo, pero estás bajo mi cargo y hoy tuviste una actitud de m... —tragó saliva ante lo que iba a decir. Vaya, hasta un arcángel no se salvaba de decir groserías— una pésima actitud para con Holly como conmigo, y no te encuentras en una situación a tu favor como ya lo sabes.

Ahora era yo quién miraba el vacío dónde antes estaba Holly, un suspiro me salió de forma natural: —Tienes razón, fue infantil de mi parte reaccionar con esa actitud... Volvamos a lo de la mortal, al fin y al cabo por algo la elegiste.

—¿Elegí a quién?

—A Katerine... —me encogí de hombros, su nombre me ponía raro— Es la humana a la que me designaste.

Esbozó una leve sonrisa, no sé que era lo que le causaba gracia:

—Lo interesante, Jenn, es que fue ella quién te eligió a ti y se que la vas a ayudar... —tomó el archivo de la joven y fue acercándose a mi— Ahora que la nombraste por primera vez, se que lo vas a lograr.

Me pasó la carpeta de Katerine Barnes, lo miré confundido y él con su mano me hizo una seña para que ojeara los documentos.

—Creo que por hoy es todo, mañana retomamos a partir del vistazo de ahora... Te espero por allá.

Señaló a la salida y me dejó sólo. Abrí la carpeta y vi una foto un tanto oscurecida, la protagonista de esa fotografía era una joven de cabellos y ojos oscuros, así era la chica. Y aún con la foto no sabía que pensar de ella, ese era su misterio. Esa era *Katerine*.

## Capítulo 6

—*Katerine Elianne Barnes, nacida el 10 de agosto de 1996* —pausé y lo miré, hizo una seña para que continuara—, *medallas de honor, buena estudiante aunque bastante problemática...* Ok, creo que me llevará tiempo entenderla —bufé disgustado.

El arcángel encendió el televisor y se acercó a dónde me encontraba.

—Es una chica nada más, ya vas a ver que congeniarán a la perfección —manifestó con una sonrisa de esas que me daban ganas de destrozar—. Pero esa chica diferente posee una intuición prodigiosa por lo cual sino quieres arruinar todo, mejor sé precavido.

Sólo asentí con sarcasmo y observé en el televisor las imágenes que pasaban, de Katerine por supuesto, al parecer toda mi existencia iba a girar torno a ella: —Es una caja de sorpresas. Y **odio las sorpresas**.

Sin darme cuenta, pasé entero en sala de Gabriel, examinando acerca de la chica que dentro de poco vomitaría su nombre, aunque me costaba admitirlo me atraía todo lo relacionado a ella, era bastante excéntrica —mejor dicho rarita— con respeto a lo que en mis vagos recuerdos conocía de chicas.

Y entre lo más cercano también estaba Holls: pocas pulgas, mucho carácter. Quién por cierto me odiaba, con un poco razón. Sólo un poco, obvio.

Volviendo a mi tarea pude ver que K tenía una familia bastante unida: padres, hombre y mujer para ser específico; y un hermano menor. Su padre un oficial de policía y su madre trabajaba en su escuela como pedagoga.

Las fotos de su familia eran escasas pero no era asunto mío al final. El entorno familiar estaba bien y eso me bastaba.

Al parecer esta muchacha era una de las mejores deportistas en su secundaria —sin embargo era una completa huraña— y la verdad hacía honor a lo había dicho antes: era una caja de sorpresas.

Me percaté que el arcángel estaba intentando contener la risa —no lo logró—, bastó que lo mirara para estallar por completo en una carcajada. Fruncí el ceño, y carraspeé a propósito:



—Tranquilo, nadie se va enterar de lo que vi... Ni la misma Katerine.

—Ja, ja —tomé la carpeta y se la entregué sin más. Quedó un tanto confundido pero se quedó callado esperando lo que iba a decir— Ya sé lo que sucede... ELLA es el problema.

Noté como su expresión se volvió un tanto mordaz.

—¿Quién? ¿Quién es el problema, Jenner? —haciéndose el desentendido, buscaba molestarme y lo estaba consiguiendo.

Lo ignoré por completo; como dicen A palabras necias, oídos sordos. Le quité la carpeta algo cabreado, volví a lo mío y en cuanto estaba por meterme a examinar de nuevo a la humana pude oír la inconfundible voz de Holly.

Era obvio que me extrañaba y no podía alejarse de mí por mucho tiempo. Volteé a verla regalándole una sonrisa, ella sólo pasó de mí y fue directo a dónde se hallaba Gabriel para saludarlo.

Aunque, como pude ver antes, optó por una reverencia antes que un saludo normal. ¿Que si era necesario? Tal parece que dentro de su cabecita, sí.

Sin importar que me había ignorado por completo, me acerqué a ella con cautela.

—Regresaste por mí —afirmé por ella en murmullo a su oído izquierdo, de inmediato se dio la vuelta para enfrentarme. No ocultaba su enojo, yo sólo le obsequié una de mis mejores sonrisas.

Eso le hizo rabiar aún más.

—De hecho, yo le pedí que viniera... Así que, Jenn, no molestes —se entrometió el arcángel con un tono serio en modo regaño.

Pude oír la pequeña risa victoriosa de la cobriza quién no pudo disimular su regocijo.

—Continúa recopilando información, Holly y yo vamos a salir un momento a buscar artículos para la misión... No causes problemas, por favor.

Asentí con desgano, sabía que por más que me negara no tenía opción. Gabriel se dio la vuelta, ella sólo lo siguió pero antes de salir por la entrada se volteó a verme. Logré ver a Holls con una sonrisa pícaro esbozada en su rostro.

"Me voy a vengar..." le susurré, con amplios gestos, en broma, ella al parecer entendió mi mensaje porque le había causado gracia y sin más salió del lugar.

Me quedé solo en la habitación, ya sabía bastante de la mortal como para seguir leyendo y siendo honesto no había nada más que investigar. Ellos debieron haberme incluido en la salida, o ¿no se suponía que me tendría que implicar en todo lo que me llevase a saber de los mortales actuales.

No me iba a quedar allí perdiendo tiempo. Si ellos no me invitaban, yo sólo lo haría. Ojalá esta vez la suerte esté de mi lado.

\* \* \*

En cuanto puse mis pies en el suelo mis alas desaparecieron en su forma física, pero en realidad se encontraban envolviendo mis brazos como si de un tatuaje se tratara. Se sentía raro pero gratificante a la vez el no cargar con ellas mientras no estaban en uso.

Había sido increíblemente fácil llegar. Al salir del cuartel de Gabriel no había nadie fuera de éste, ni siquiera los ángeles alrededor me delataron o impidieron que bajara. O era mi día de fortuna o me estaban tendiendo una trampa.

Todavía el sol dejaba pasar su luz desde las veredas hasta algunos rincones. Examinaba el paisaje sin mirar mi camino, cuando volví a poner atención estaba a punto de chocar con un mortal. Me hice a un lado con velocidad, pero él no, era como si no me viese.

Era invisible. Bueno, había muerto y era más que obvio que no contaba con la presencia física. Y era eso lo que me hacía dudar de mi misión.

¿Cómo era posible ayudar a alguien que no te podría ver y ni supiera de tu existir?

Conociendo a Gabriel, se las ingeniaría muy bien para que siguiera con la misión. Así que aprovecharía mi tiempo libre observando el presente del mundo en el que una vez viví. Miré lado a lado, cuidando de que no fuera observado.

Vi a lo lejos un parque y de inmediato fui para allá. Estaba muy metido pensando qué hacer a parte de ir de un lado a otro como vagabundo. Sin

darme cuenta estaba pensando en voz alta.

—Tengo que buscar a Kat... —paré en seco de inmediato ¿Qué carajos estaba diciendo? Buscar a la humana era lo que menos necesitaba hacer— Lo que tengo que hacer es sacar ese maldito nombre de mi cabeza.

Seguí caminado, hasta que sentí punzadas en mi frente. Me llevé mi mano a la cabeza, con sólo mencionarla esa tipa me estaba causando migrañas.

Un poco más tranquilo me detuve y miré al frente, hacia unos locales de productos eléctricos. Vi alguien entraba en esa tienda, era Gabriel. Rápidamente me oculté detrás de uno de los árboles que había alrededor.

—Está solo —musité para mí mientras lo observaba. Él era visible ante los mortales— ¿Dónde estará la pequeña cascarrabias?

—¿Me extrañaste? —susurraron detrás de mi haciendo que me sobresaltara del susto. Volteé instantáneamente encontrándome con la ángel de cabellos cobrizos.

Estaba de brazos cruzados pero con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Sabía que no tardarías en desobedecer las órdenes del arcángel Gabriel.

Esquivé su mirada y me limité a encogerme de hombros dándole cero importancia a lo que decía, volví a ella mirándola con desdén: —Dile si quieres, no me da miedo. Después de todo, no eres más que su fiel seguidora.

En eso ella largó una breve risa en modo de burla: —Por favor, querido, el arcángel sabe que estás aquí —dijo entretanto aclaraba su voz de a poco—. Apenas pusiste un pie en tierra, él ya te había visto.

*Katerine.*

Hice caso omiso a lo que acababa de escuchar. Me alejé de ella y volví al interior de la ciudad; ya había faltado a las órdenes ¿Y? No estaba haciendo algo de gravedad, bajé al mundo mortal y nada más.

De nuevo sentí otra punzada en la cabeza, esta vez con más intensidad. Como si de choques eléctricos se trataran.

*Busca a Katerine, búscala ahora.*

¿Qué estaba pasando? ¿Me habían lavado la mente o qué? Una cosa era seguro: me estaba volviendo loco con ese nombre marcado en mi psique.

Comencé a correr sin rumbo, sólo correr para tranquilizarme.

*Katerine, Katerine. Por ella estás aquí.*

—Jenner, cálmate —dijo Gabriel apareciendo de la nada, me tomó del brazo para que me detuviera. Al ver que me era imposible soltarme cedí ante él—. ¿Sientes que enloqueces, no?

Sólo asentí, no podía hablar estaba agitado por completo.

—No es nada grave, sólo es un efecto que se genera luego de estar tanto tiempo lejos del mundo mortal —explicó con una total serenidad— Oír voces, tu mente y propio cuerpo se vuelven en tu contra, por así decirlo; dolores de cabeza, todo es parte del efecto.

Una vez pude estabilizarme, mis piernas se rindieron ante mi peso y cansancio; caí sentado y giré mi mirada hacia el arcángel.

—Gracias por informarme, tarde pero ya qué —pude expresar con un amplio sarcasmo.

Estaba preparado para que me diera una reprimenda, su cara lo decía todo: estaba molesto, cansado y decepcionado.

No dijo nada, esta vez era él quien hacía oídos sordos. Me dio la espalda y caminó rumbo al parque, lo seguí porque bueno ya había tenido suficiente de este mundo por hoy.

Pude sentir la mirada acusadora de Holls al ver al arcángel. Se fue con él dejándome por mi cuenta, ya no importaban mis comentarios.

Me reuní con ellos, no dijeron nada. Sólo sacaron sus alas y nos dirigimos de vuelta al cielo, ya me imaginaba lo que me iba a esperar en cuanto llegara.

## Capítulo 7

Que tenso estaba todo, desde que volvimos al cielo Gabriel ni Holls me dirigieron la palabra. Bueno, tenían razón en estar molestos pero, en serio, debían haberme incluido desde un principio en su viaje.

Ni bien pusimos un pie dentro del cuartel del arcángel sabía que no estábamos solos. Cuanto más nos acercamos a la sala de Gabriel, mi presentimiento aumentaba.

Paré justo antes de que entráramos, el arcángel y Holly me miraron extrañados.

—¿Qué te pasa otra vez? —empezó la cobriza, tenía el ceño fruncido y su voz era áspera. En vez de agradarle cada vez me detestaba más— ¡No te cansas de jodernos la existencia!

Evité decir algo, simplemente me quedé observándola. Gabriel ignoró la situación y continuó hacia adelante. Abrió la puerta de la habitación, todo estaba oscuro y de nuevo tenía el mal augurio.

Pasamos adentro con cuidado de no tropezar. Gabriel encontró el interruptor pero antes de que encendiera las luces, una voz surgió de las sombras:

*—¿Disfrutaron del paseo?*

Las luces se encendieron dejando a la vista al arcángel Miguel sentado en el sillón principal de la sala.

—Hola, hermano —pronunció con una media sonrisa mientras que no nos quitaba esos ojos negros de encima.

Pude percibir los nervios de Gabbs y no entendía el por qué, hizo un intento forzado por sonreír con calidez:

—Miguel... ¿Qué haces aquí, en mi sala? —apenas si pudo decir algo, estaba tenso por completo.

—Estoy aquí porque supongo que tienes al mortal que cuidará —se dirigió al mencionado para luego echarme una mirada de exhortación.

Gabriel asintió y de forma precipitada fue a buscar las carpetas. Llevándose a Holly con él, y decidí seguirlos pero el arcángel Miguel no me lo permitió:

—Jenner... De hecho, quiero tener una plática contigo.

Esas palabras causaron un miedo en nosotros, tanto que sentíamos que esa sensación nos recorría de pies a cabeza. Yo miré al arcángel de ojos celestes, éste asintió indicando de que me quedara; Holly junto a él nos dejaron solos.

—Jenner... *¿Cómo han sido tus días de ladrón reformado?* —dijo con una sonrisa burlona viendo mi evidente inquietud, prosiguió— **Pobre**, seguro debe ser difícil para ti... Un *rebelde disconforme*, valga la redundancia; tener que conformarse al bien por **miedo** a una muerte definitiva.

El sarcasmo era notorio y más obvio sus ganas de fastidiarme, quería ver mi reacción... hasta qué punto podía ponerme a prueba.

Hice oídos sordos, sabía que si actuaba por mis instintos sólo yo saldría perjudicado. Miguel mantenía esa sonrisa odiosa, quería combatir fuego con fuego.

—No lo dudo, es difícil... pero con **amigos** y esfuerzo, todo es más sencillo, por ende, los frutos son **mejores** —expresé devolviéndole la sonrisa al arcángel, pero esta vez optando por una tranquila antes que una de burla.

El arcángel peleó con fuego, yo usé agua para apagarlo. Miguel quedó un tanto perplejo; no era la reacción que esperaba pero era expreso que no iba aceptar que lo dejaran sin palabras.

—¿Amigos, en serio? Es gracioso porque con esta niña, Holly, a quién trataste de ensuciar... estoy lejos de ver simpatía entre ambos —amplió su sonrisa aún más sin quitarme su mirada—; y con Gabriel... recuerda que es como **yo**, como mis hermanos; es **mi hermano** y es un **arcángel**.

Se paró del sillón y se acercó a mí: —Quizá te hayas tomado demasiados derechos sin corresponder, ya que conozco a Gabriel... es empático, esa es su *virtud* y *deber*. Así que no te equivoques, niño.

De repente aparecen de la nada más ángeles, eran guerreros de Miguel y cada uno estaba armado con espadas. Me encontraba rodeado por ellos, el arcángel estaba atento a mi reacción; esto era una provocación y si respondía mal, perdía.

—Dime, Jenner ¿rompiste alguna orden?

Respondí con un movimiento de cabeza que expresaba un «no».

—O sea que para ti: escaparte hacia el mundo mortal no es desobedecer —tomó la espada de uno de sus soldados y me la entregó, no me gustaba lo que me estaba imaginando—; tal vez mi hermano no piense nada malo del libertinaje...

Sus guerreros se desvanecieron de la habitación quedando solos, Miguel y yo.

En un pestañeo el arcángel sacó su espada y se abalanzó sobre mí, fui lo suficiente rápido para protegerme con mi arma, estaba contra la pared:

—Pero yo soy de los que prefieren educar con *mano de hierro*.

Al ver que yo me encontraba distraído me dio un rodillazo en el vientre, caí ante el dolor. Miguel lanzó otro ataque contra mí, lo esquivé por un segundo. Su espada quedó clavada en el suelo.

Le regresé el golpe pero, esta vez, en la pierna izquierda para ganar tiempo. Me levanté apresurado y él ya estaba armado de nuevo.

No tenía más remedio que seguirlo en su juego y pelear, aun corriendo riesgo de salir herido. Agarré mi espada con fuerza y fui hacia él. Al igual que como hice yo, usó su espada como escudo eludiendo mi ofensiva con facilidad y regresándome el ataque.

No por nada era el **general** del ejército de los cielos, para él sostener una espada era como para cualquiera de nosotros usar un bolígrafo, sabía lo que hacía y lo hacía siendo el mejor.

Cada vez que intentaba acorralarme, esquivaba sus ataques y me alejaba. Estábamos, casi, a la par. En una leve distracción de él, aproveché el momento y con toda mi fuerza arremetí mi arma contra la suya haciendo que se le resbalara quedando indefenso.

Pensé que ya tenía la victoria... que gran error.

Mi inexperiencia me llevó a atacarlo de modo impulsivo sin ver nada más que a él como objetivo. Miguel era hábil esquivando mis ataques, hasta que lo llevé contra uno de los estantes de Gabbs.

Mi mente no reaccionaba, sólo quería arrancarle la cabeza. Con todas mis fuerzas lancé mi último ataque: atravesé el anaquel pero no a Miguel, no podía sacar mi espada; el arcángel se valió de mi posición y me empujó tirándome al suelo de una patada.

Arrancó la espada del mueble con facilidad y acercó su punta a mi cuello.

Era mi final.

—Tienes habilidad, Jenner... es una pena que deba eliminarte.

De lejos alguien lo llamó:

—¡Miguel, no!—era mi arcángel favorito, Gabriel. Estaba algo alejado pero en un segundo ya le había quitado el arma a Miguel— Jenner no se escapó, fue la primera excursión al mundo mortal... **Yo lo llevé.**

*Dios te bendiga, Gabbs.*

Miguel lo miró incrédulo:

—Por favor, hermano... no seas **ridículo** y di la verdad.

Su hermano se puso firme, en verdad estaba decidido a defenderme:

—Tengo cara de que te mentiría, Miguel —su seriedad me asustaba, el otro arcángel no dijo nada— ¿En serio piensas que arriesgaría mi nombre por un simple **maldito**?

Negó pero aún estaba poco convencido, Gabbs le entregó una carpeta:

—¿Seguimos a por lo que has venido?

Miguel no dijo nada, sólo asintió. *¿Acaso le había comido la lengua el gato?*

—Su encomendado es «Kendall Tate», un joven drogadicto y delincuente —enunció el de los ojos celestes rápidamente, su hermano comenzó a observar los documentos—. Jenner ayudará a este joven de veintiún años a salir de las adicciones y mostrarle que hay un camino mejor.

*¿No que K era mi humana a cuidar?*

Miguel se limitó a escuchar y el castaño conectó un dispositivo extraño al televisor, buscó el control remoto y encendió la pantalla, se veía fotos de un muchacho muy demacrado —*empalidecido, escuálido y enfermizo*— por causa de las drogas como mencionó Gabbs.

Rogué en mis adentros que no fuera cierto lo que dicho anteriormente, ya era suficiente con la chica como para encargarme de alguien más pero —para mala suerte la mía— eso no estaba a mi elección.

Miguel no emitía palabra alguna, observaba la pantalla y de paso le echaba un ojo a mi su hermano arcángel. Estaba muy dubitativo, quizá



demasiado.

—Niño, desde ahora ese mortal es tú responsabilidad; queda en ti mejorarlo o empeorarlo —comentó áspero mientras me miraba con esos ojos negruzcos y perspicaces—. Gabriel me mantendrá al tanto de lo que hagas por lo que, te sugiero, no lo arruines.

Afirmé con la cabeza. Él sonrió sabiendo que iba a ser casi imposible— No tendré piedad la próxima vez que tenga una espada frente a ti.

Tragué saliva. Miguel sin más que decir desapareció del lugar.

## Capítulo 8

Ya ha pasado un día desde que Gabriel me encargó a otro mortal a parte de K, y aún no sabía cuál era motivo por el que le mintió a su hermano. Comprendía que me había defendido por mi desobediencia pero lo demás.

¿Acaso era un castigo? No lo culpaba pero se había excedido un poquito... **mucho**.

Y para el colmo mi nuevo encomendado se llamaba Kendall, con "K" como la humana **caja de sorpresas**. Bueno solito me estaba carcomiendo demasiado la cabeza que hasta una simple letra me molestaba.

Gabbs y Holls seguían sin perdonarme, el arcángel sólo me dirigía la palabra para decirme qué hacer o para que le prestara atención de vez en cuando. Y la cobriza ni me echaba un ojo, la condenad... ella era exagerada en cuanto a su orgullo.

Ni siquiera sabía como actuaría con K para ayudarla en lo que sea que necesitara... menos podría con el adicto; del cual no sabía más que su nombre, problema y edad.

Mi mente quedaba en blanco cada vez que pensaba en ello y el por qué me sucedía todo esto.

Sí, era un rebelde pero era parte de mi condición: ser un **maldito**. Aquí siempre seremos lo más bajo en la "pirámide celestial", si lo llamamos así; y conformarnos no es lo nuestro, no éramos ángeles ni tampoco demonios; a penas si compartíamos lo de las alas.

Vagábamos la eternidad solos, no éramos aceptados sino hasta que elegíamos un bando. Ya saben: blanco o negro, bien o mal, chocolate o vainilla y demás opuestos... Odiaba eso y esa era la razón por la que era del equipo amarillo patito.

Lo malo era que, en cuanto mis misiones acabaran, tendría que elegir... o la espada de Miguel sacaría mi cabeza de órbita.

En tanto volví a atender lo que hacía, observé a Gabriel acercándose a la cobriza. Ella estaba examinando unos documentos y él la miraba con devoción. Pude notar la tímida mano de Gabriel queriendo tomar la de ella, cada vez más cerca al punto de estar rozando la piel de Holly.

Esto era, insuperablemente, más cursi que cualquier comedia romántica que había llegado a ver. Él estaba a un milímetro de capturar aquella mano pequeña pero no, se echó para atrás al sólo dejar rozar

'accidentalmente' sus dedos con los de ella.

Por favor, no podía ser más cobarde.

—¿¡Es en serio!?! —incrédulo dije en un grito. Ambos voltearon a mirarme extrañados; había pensando en voz, demasiado, alta.

El arcángel trataba de mantener la compostura lo mejor que podía. Sospechaba que había visto lo sucedido.

*Tranquilo Gabbs, no soy mal amigo. Nadie va a enterarse de lo que vi.*

Pensé rápido en idear algo para olvidarme lo que había presenciado.

—No pueden ser tan infantiles... Sí, me equivoqué y se ensuciaron más de una vez por mi culpa —pausé y traté de tranquilizarme.

Holly miró al arcángel confundida pero a la vez podía notar que quería arrojarme agua hirviendo justo a mi rostro:

—Perdónenme, por favor —me arrodillé ante ambos, sé que esto fue sólo un plan para salvar a Gabriel pero también era algo que estaba pendiente entre los tres—... es parte de tener humanidad el cometer errores y como también lo es perdonar...

Los miré de frente, esta vez lo que iba a decir era cierto y sin pizca alguna de sarcasmo:—Son lo más cercano a lo que conozco de la palabra **amigos** ... y aunque cueste admitir: no los quiero perder.

Me quebré en lo último, ellos ni se habían inmutado.

¿Esta era mi verdadera cara detrás de lo que siempre fui? Ni yo mismo recordaba sentirme así... tan humano y... solo.

Ella dejó todo y fue a dónde estaba yo, una alegría me llenó por dentro dibujando una gran sonrisa en mis labios:

—Holls, no sabes cuant...

Mi sonrisa se había desvanecido de una cachetada tan fuerte que me había echo perder el equilibrio y casi me caí al piso. Esto era un rotundo **no** por parte de la chica de cabello cobrizo, con dificultad alcancé a verla.

—Quienes son como tú no saben lo que es la amistad... sólo conocen todas las formas de engañar para conseguir lo que quieren —su voz parecía romperse con cada palabra, no quería odiarme pero me lo había

ganado—. No te importamos y *no somos amigos*. **Nunca** lo seremos.

Dicho esto pasó de mi, la seguí con la mirada hasta que atravesó la puerta dejándonos solos.

El arcángel me ignoró por completo e iba tras ella. Me levanté lo más rápido que podía y lo detuve:

—Gabbs... Lo vi todo.

Paró en seco, sabía a la perfección de lo que hablaba pero aún no me dirigía la palabra dándome la espalda.

—Holly y tú, ¿por qué no te animaste? Ella...

No tuve tiempo a terminar de hablar. Fue tal la rapidez con la que pasó todo; él de un golpe me había tirado al suelo. El mencionarla había sido tocar un tema prohibido.

—No te di derecho a meterte en mis problemas —intentaba controlar la respiración, en su rostro su expresión denotaba el tormento que sentía mezclado con la rabia—. Mejor límitate a encargarte de tus deberes porque eso es asunto mío.

*Hasta un arcángel tenía demonios con los que lidiar.*

Me levanté de aquel golpe sorpresa con algo de dificultad pero eso no había afectado a mi gran bocota.

—Perdón por querer ayudarte... no me dejabas de otra.

Honestamente me esperaba otra paliza pero no fue así. Gabriel se aclaró la garganta y respondió:

—Lo que hayas visto es parte de tu imaginación... y no necesito la ayuda de un **maldito** —me dio la espalda de nuevo, miró hacia mi de reojo—. No quiero un comentario de ésto mañana.

Me limité a asentir. Creí que era todo pero no.

—Otra cosa: grábate estas palabras: **no** somos amigos, Jenner.

Sin más que decir, Gabriel salió de la sala quedando en mi soledad.

Todo lo que ellos intentaron para construir una amistad, yo lo había destrozado y con ellos a mí.

Lo destrocé y todo daba a entender que no había arreglo.